

Fernando para que detuyese el carruaje. No quiso que se la viera volver en coche con él. Saltó ligera del *dog-cart*, y sin una palabra, sin una mirada, separándose de él como de un mortal enemigo, se alejó.

## V

Esta actitud de la Condesa irritó mucho á Fernando. La Condesa tuvo este privilegio. El galán se encogió de hombros, y se hizo joviales reflexiones sobre el nada común rencor de Regina, que, jugando con fuego durante más de seis semanas, se ponía furiosa porque al fin se había quemado. Después el Barón pensó más friamente, y la manera de ser de la señora de Croix-Mort le inspiró una particular estimación.

Realmente era cosa inesperada y nada frecuente la ira de una mujer contra el hombre que la había poseído. Y precisamente cuando había sido suya era el momento que elegía para mostrarse enérgica y altiva, como si quisiera castigar la audacia con que se había apoderado de ella contra su voluntad. La Condesa mostraba una fiereza, que probaba evidentemente la pureza de su raza. Era realmente una gran señora,

y no dejaba de lisonjear el Barón la idea de ser el amante de aquella altiva y por esto más seductora dama.

Pasó parte de la noche tendido en una butaca, fumando y recordando la escena. Luego se acostó, soñó con ella, y por la mañana se despertó mucho más enamorado de la Condesa que en el momento de atreverse á todo.

Á las dos de la tarde ya no pudo resistir más el deseo de ir á Croix-Mort. Salió á pie por los senderos de travesía, y no pudo menos de sonreirse al encontrarse en la calzada, donde, extraviado en un bosque que conocía palmo á palmo, tuvo que consultar el aviso indicador, cuya inscripción apenas podía leer, porque el agua le cegaba y le azotaba la cara. Pasó el río, y siguiendo el camino que rodeaba el parque, llegó al castillo de Croix-Mort.

Todo estaba inerte y silencioso. La puerta del salón, por donde la Condesa al conocer sus pasos, venía otras veces á su encuentro, estaba cerrada. Tuvo que llamar para que saliera un criado, que, hablando bajo y con aire compungido, le anunció que la señora no recibía. Estaba en cama, sufriendo las incomodidades de una terrible neuralgia. Fernando dió su tarjeta, y se retiró.

Muy contrariado, regresó á *La Vignerie*. No

esperaba encontrar la puerta cerrada. Se creía dueño de la situación, y se hallaba con que la señora de Croix-Mort le despedía airada. Se puso de muy mal humor contra la Condesa, y pensó que esta era una mojugata; pero que, después de todo, por mucho que la pobre hiciera, no podía hacer que no sucediera lo que había sucedido. Y se animaba con esta afirmación, y veía á Regina enloquecida, la cabeza echada atrás, el seno palpitante, los ojos moribundos, pidiendo misericordia, y acabando por caer desvanecida en sus brazos. Y á pesar de todas sus fanfarronadas, el Barón soñaba con poseerla otra vez.

Volvió á Croix-Mort al día siguiente, y el otro, y cuatro días más, sin lograr ser recibido. La Condesa parecía resuelta á no verle más. No volvió, y se propuso aprovechar el tiempo que le dejaba libre la ruptura de sus relaciones con Regina. Como se aburría grandemente, resolvió consagrarse al trabajo de administración de su propiedad, y habiendo examinado un plano catastral de *La Vignerie*, estudió las famosas cortas de árboles que era necesario practicar. Pero no pudo pasar de la división de lotes, y cansado de entender en lo que no comprendía, creyó más conveniente consultar al señor Serviquet, su notario.

Éste fué á almorzar un día con el Barón. Era un hombre joven, que, habiendo comprado recientemente la notaría de su principal, se consagraba con gran entusiasmo á los negocios de su profesión. Oyó las explicaciones del señor de Ayères; le afirmó que sus maderas se venderían ventajosamente, porque los ferrocarriles en construcción en aquella comarca necesitaban machos palos para traviesas y para postes de telégrafo, y le prometió enviarle un perito agrónomo, que prepararía perfectamente los trabajos necesarios. Después, animados por un excelente almuerzo, y habiendo bebido sin mucha moderación buen vino añejo, el Barón y el Notario estuvieron más expansivos, y empezaron á hablar de asuntos más íntimos.

El señor Serviquet contó que iba á casarse con la hija de un gran fabricante de baldosas de La Houssaye. Fernando habló de sus buenas relaciones de vecindad con las señoras de Croix-Mort. El Notario, que parecía conocer con exactitud todas las fortunas de la provincia, hizo un detallado inventario de los bienes de la Condesa, y dijo al Barón que en doce años, por un sistema económico severamente aplicado, Regina había reparado las faltas de su marido, pagado las deudas y levantado las hipotecas, y se hallaba personalmente en pose-

sión de sesenta mil libras de renta en fincas. Al saber esto, Fernando quedó un poco suspenso y pensativo. Ofreció un cigarro al señor Serviquet, que, viendo agotada la conversación, recordó que tenía una visita que hacer en una hacienda próxima, por causa de unas rentas atrasadas; pidió su cabriolé, y partió al tróte de su caballo, bien repleto de avena.

Las sesenta mil libras de renta de la señora de Croix-Mort habían caído en la mente del Barón como una piedra en agua mansa, produciéndole súbita agitación. Sus ideas se ensanchaban como grandes círculos con sus remolinos, siendo la causa determinante el choque de aquel lingote de oro. La idea más precisa era la de no encontrar fácilmente en París una mujer tan bien acomodada con quien casarse.

Regina, bella, coqueta y al alcance de su mano, había sido clasificada por Fernando en la categoría de las mujeres que prefería para queridas. Regina, señora del gran mundo y dueña de una fortuna tan considerable, pasaba incontinenti á la categoría de querida á quien se puede hacer mujer propia.

Sin embargo, un punto obscuro había en esta situación; la edad de la Condesa. Para unas relaciones que podían durar lo que una de las cuatro estaciones, importaba poco algu-

nos años más ó menos. Pero para una unión de toda la vida, era muy diferente. Existía la hija, la espigada Edmea, que empujaba terriblemente á su madre hacia el duro trance en que una mujer se convierte en abuela. Cuando hay niños en la casa, el marido de la abuela, por joven que sea, no deja de ser una especie de abuelo. Y este accidente podría muy bien ocurrir dentro de tres ó cuatro años.

Era cosa de pensar en todo esto, y Fernando, en pie, delante del fuego, calentándose los pies, y arrojando á lo alto indiferentemente el humo de su cigarro, se miraba en el espejo, y no se consideraba todavía en estado de renunciar á representar papeles de galanés jóvenes, y resignarse á desempeñar el de padre noble. Por otra parte, hecha lo más ventajosamente posible la liquidación á que se consagraba su apoderado, le quedaría una veintena de miles de francos de renta para sostener su rango en el mundo. Era bastante, después de tan larga serie de locuras y desórdenes; pero no lo era para un hombre acostumbrado á gastar el dinero sin contarlo. Y, en medio de una sombra dulce y misteriosa, destacaba brillante la figura distinguida de Regina, sonriente, con sus apretadas carnes, sus cabellos rubios, su frente pura y sin arrugas. ¿Era el suyo el rostro de

una vieja, y tenía otra edad que la que aparentaba? Regina rica aparecía en un cuadro de brillante marco dorado, que le daba un encanto irresistible.

Fernando pasó todo el día discutiendo consigo mismo. Se paseó melancólicamente por su jardín, se aburrió, y se persuadió, por conclusión, de que no había nacido para la vida solitaria. Por la noche tuvo extraños sueños, en que veía á Edmea diáfana, etérea, vestida de blanco, y entrando en un convento, para dejar á su madre el derecho de ser siempre joven. Por la mañana resolvió pedir á la señora de Croix-Mort la mano de esposa, y discurrió de qué manera podría salvar los obstáculos con que la Condesa le impedía la entrada.

Ella le había cerrado la puerta, y era, pues, preciso no volver á llamar á una puerta cerrada. Conociendo el exterior y el interior de la plaza, no había más que hacer que colocarse en sitio conveniente, estar atento, y aprovechar la ocasión, que no podía tardar en presentarse, de aparecer ante la viuda de improviso, con un ardimiento irresistible. En vez de dirigirse á las entradas habituales, saltó una zanja, penetró en el parque, y, como un sátiro espiando á una ninfa, esperó.

Se equivocaba creyendo que la Condesa, en

su lenguaje de *boulevard*, hacía dengues y mo-  
jigaterías. Regina estaba realmente enferma, y  
no era sólo por enojo y por orgullo por lo que  
no recibía á Fernando. Sufrió físicamente vió-  
lentas neuralgias, consecuencia de la mojadura  
durante su paseo á caballo con el Barón, y dos  
días había estado en cama.

Allí había podido á sólas pensar en su situa-  
ción, y con horror en el ultraje recibido. La  
Condesa no era una mujer voluptuosa. No le  
había quedado ninguna reminiscencia de placer  
en los sentidos. Recordaba á Fernando con re-  
pugnancia. Le había visto en una especie de  
embriaguez, con los ojos extraviados, los labios  
convulsos, verdadera bestia amorosa, no que-  
dándole nada del hombre elegante, pulcro y  
agradable que durante seis semanas había ame-  
nizado sus horas con las encantadoras delicade-  
zas del sentimiento. Estos coloquios dulcísimos  
hubieran bastado á satisfacer á Regina en sus  
aspiraciones ideales. Las palabras le bastaban,  
y no sentía la necesidad de actos que le pare-  
cían inútiles y repugnantes.

Amargamente recordaba aquellos deliciosos  
coloquios con Fernando los días en que éste,  
preparando sus baterías, soñaba, mientras se  
prestaba al jugueteo inocente y platónico de la  
Condesa, en el día próximo del asalto y la con-

quista. ¡Qué diferente le parecía Fernando en  
aquellos deliciosos días! ¡Y por tan poco, todo  
lo había perdido! Porque ella estaba decidida  
á no volver á verle. ¡Un amante! ¡Ella tener  
un amante! La indignación le ahogaba. Puesto  
que con los hombres todo trato afectuoso había  
necesariamente de terminar en semejante atro-  
cidad, valía más encerrarse y no recibir jamás  
á ninguno, sobre todo á Fernando.

Edmea, sabiendo que su madre estaba indis-  
puesta, había ido silenciosamente á su habita-  
ción, y con una especie de instinto perfecto,  
habíase acercado á ella, olfateando el aire como  
un perro que olfatea al lobo en la entrada del  
monte. Parecíale que en la atmósfera percibía  
algún aroma nocivo, revelador del mal.

Cuidó mucho de su madre, y la perturbó no  
poco, en verdad, con la mirada escrutadora de  
sus negros ojos, que inquirían tenazmente el  
secreto. La Condesa temió alarmar á su hija si  
se quedaba más de dos días en cama, y se le-  
vantó. Bajó al salón, y se sentó cerca del fuego  
á trabajar.

Sintió angustia al oír que en el vestíbulo  
sonaba la voz de Fernando, que preguntaba  
por su salud con insistencia. Pero se mantuvo  
firme. Sin embargo, no pudo menos de sonro-  
jarse y de bajar la vista ante la muda pregun-

ta que le hizo Edmea, asombrada de ver despedido al gran favorito de la casa.

¿Qué explicación podía dar de un hecho tan extraordinario? ¿Inventar una historia, que su hija aparentaría creer, al mismo tiempo que redoblaría secretamente sus activas pesquisas? Edmea no era fácil de engañar. Bastaba, para tener seguridad de que no se la engañaba, ver la malicia de su sonrisa y la caída de sus párpados sobre los ojos, como si echase un velo sobre su pensamiento. En realidad, la Condesa empezaba á temer á la niña de quince años, cuya inteligencia, extraordinariamente desarrollada por la reflexión y la soledad, se permitía quizá juzgar á su madre. No le había hecho ninguna pregunta; no había pronunciado una sola vez el nombre del Barón, lo que indicaba que operábase en su entendimiento un grave trabajo de reflexión.

La viuda de Croix-Mort quiso volver lo más pronto posible á su vida habitual; y cuando tuvo evidencia de que Fernando había comprendido la inutilidad de sus visitas, se decidió á decir una tarde, estando de sobremesa:

—Algún tiempo estaremos sin ver al Barón de Ayères: está en París.

Edmea contestó con un "¡Ah!", que sonó como el gatillo de una pistola al montarla. Si la

madre hubiera continuado hablando, quizá la hija hubiera soltado el tiro. Pero la Condesa no se atrevió á continuar, y la comida acabó en silencio. El día siguiente, Regina hizo su primera salida, paseando un poco por la terraza, y al fin se atrevió á pasear por el parque.

El aire libre le hizo bien. Vió con melancolía las calles de árboles que había recorrido tantos días apoyada en el brazo del hombre que entonces le era tan agradable. Detúvose en un elegante pabellón del jardín, rodeado de bancos y sillas rústicas, y miró desde allí la corriente del río, que las lluvias del otoño habían aumentado considerablemente. Recordó aquel hermoso día del paseo en la barca, cuando el Barón, gritando alegre, decidido, apuesto y bizarro, llegó al pie del puente que veía desde el pabellón arqueando su espalda de piedra sobre la corriente rápida.

¡Con qué ligereza saltó á la barca! Después remó sentado enfrente de ella, y ¡qué delicado perfume esparcía el Barón!... La Condesa se estremeció. Le pareció que le aspiraba en aquel momento. Levantose vivamente con un vago temor; y volviéndose para salir del pabellón, vió á Fernando en pie, que la miraba sonriendo. No pudo contener una exclamación de sorpresa, é hizo un movimiento para alejarse. Él

avanzó hacia ella, y con suplicante humildad, le dijo:

—¡Oh! No se vaya Ud... ¡Un instante no más! Hace ocho días que no me permite Ud. verla, y soy muy desgraciado.

Y como ella moviera tristemente la cabeza, el Barón añadió:

—Ló merezco, lo sé, y no vengo hoy aquí más que á expresar mi sentimiento, y á suplicar á Ud... Pero es preciso que sepa Ud. que de todo corazón deploro y maldigo la locura que se apoderó de mí... Yo sólo me acuso, y quizá no era yo el único culpable. Inconscientemente y en toda la pureza de su alma, Ud. ha sido mi cómplice.

Se acercó más á ella, y hablándole casi al oído con una pasión que la hizo estremecer, murmuró:

—¡Es Ud. tan hermosa!

La Condesa se sintió en peligro de volver á caer bajo el encanto de aquella voz halagadora. Se oprimió su corazón, y saltaron las lágrimas en sus ojos. Quiso alejarse; pero él la cogió las manos, y deteniéndola con una dulce violencia, continuó:

—¡No, no! Si ahora me deja Ud. aquí, siento que no voy á volver á verla; me ha sido preciso preparar esta sorpresa para obtener estos

momentos en que va Ud. á oír mi súplica. No, yo no puedo vivir así; sufro demasiado, y necesito que Ud. me perdone. Y si supiera Ud. lo que es la soledad para mí después del tiempo dichoso que hemos pasado juntos... Nunca he comprendido tan perfectamente como ahora toda la dulzura de esta existencia de dos seres que se aman, tan llena de puros y delicados goces... ahora que Ud. ha querido que acabe esta felicidad.

Regina suspiró, y el Barón comprendió que participaba de los mismos sentimientos que él expresaba. Se insinuó más; recordó los temas de amor tocados por él en las conversaciones íntimas á que había aludido, y supo bordarlos y embellecerlos con variaciones nuevas. Esta música que tanto agradaba á la Condesa, este concierto sentimental, lo ejecutó á maravilla como artista consumado. Y, verdaderamente, él mismo creyó lo que decía.

Pálida por el sufrimiento, con los hermosos ojos hundidos por el llanto, los labios agitados como si difícilmente pudiera retener las palabras que le parecía peligroso pronunciar, Regina le pareció arrebatadora, y la deseó apasionadamente.

Olvidó la fortuna, y no vió más que la mujer. Siendo sincero, fué elocuente, y explicó las

tristezas de su destierro lejos del paraíso de amor con tan apasionados acentos, que la Condesa pensó que sin aquel demonio que la había perdido, no había, ciertamente, paraíso en el mundo.

Pero después de haberle desterrado del paraíso, ¿cómo volver á dejarle penetrar en él? ¿Qué fe podría tener en sus promesas? ¿Cómo creer que sabría cumplirlas?

—Ha destruido Ud. en mí la confianza—dijo la Condesa tristemente.—Recibir á Ud. otra vez, sería una imprudencia que no debo cometer. Además, ¿qué placer podríamos hallar ya en nuestros coloquios?... Le emponzoñaría el recuerdo de los agravios con que Ud. me ha ofendido. ¿Cree Ud. que lo olvidaré jamás? El lazo honrado que existía entre nosotros ha sido roto brutalmente por Ud., y es imposible volver á unirlo...

El Barón hizo un ademán de protesta.

—¿Por quién me toma Ud.?—dijo.—¿Supone usted que yo le he inferido la injuria de creer un solo momento que consentiría Ud. en dejarme entrar otra vez en su casa sin la certidumbre de que lo intentaría todo para volver á obtener la confianza de Ud.?... ¿Puedo ahora soñar ni desear otra cosa?... Amo á Ud. profundamente, y quiero á Ud. toda entera. No hay

reticencia en mis palabras; digo á Ud. sinceramente todo lo que pienso. La vida sin Ud. no la quiero, y es mi vida la que vengo á ofrecer á Ud. para que la comparta conmigo. No he pensado en reanudar los antiguos lazos; sueño con uno nuevo, absoluto, que nos unirá á los dos para siempre...

Regina estaba suspensa ante proposición tan inesperada.

El Barón, continuó, cada vez más insinuante:

—Consienta Ud. en aceptar mi nombre, en ser mi mujer; haga Ud. de mí el más dichoso de los hombres; deme Ud. el derecho de amarla sin vergüenza para Ud. y sin remordimiento para mí. Esta intimidad, que era tan dulce para los dos, hágala Ud. definitiva, y póngala Ud. á cubierto de toda malicia. Era una locura creer que, aunque inocente, no se comentaría de una manera desfavorable para nosotros. Sé que pido á Ud. mucho, implorando la abdicación de su libertad, la transformación completa de su existencia; pero yo me esforzaré en hacer llevadero el sacrificio con mi ternura, con mi respeto, con mi amor infinito. Sea Ud. buena y contésteme. No hay necesidad de reflexionar para conceder la felicidad.

El Barón tuvo un momento de verdadera



emoción, producida por la tierna sensibilidad de sus palabras. Parecía que no podía continuar hablando; á sus ojos asomaron lágrimas, y tuvo que interrumpir su arenga, dejándose caer en un banco, y expresando con besos en la mano de Regina lo que le faltaba que decir.

—No es Ud. razonable, mi pobre amigo—le dijo la Condesa afectuosamente.—;Yo mujer de Ud.! Pero ;Ud. no me ha mirado?... Ya soy vieja. Dentro de cuatro años tendré cuarenta, y usted será mucho más joven que yo. Si fuera yo bastante loca para aceptar esa proposición, acabaría Ud. por aborrecerme, y los dos seríamos desgraciados. Además, Fernando, yo no me pertenezco; tengo deberes que cumplir, una hija á quien debo consagrarme en absoluto... En fin; todo lo que ha dicho Ud. es muy bello, muy seductor, pero irrealizable; y no hay que pensar en ello.

No se consideró vencido el Barón, y comenzó á refutar todos los argumentos de la Condesa: tenía cinco años más que ella, y, por consiguiente, bajo este punto de vista, el matrimonio no tendría nada de chocante; la Condesa era joven y hermosa de cara y de corazón, y él la adoraba, con lo que había motivo bastante para que se casara con ella, sin que á nadie le pudiera parecer caso extraordinario. El mayor

pesar que podía sentir era el de verse rechazado por la Condesa; lo demás le importaba poco. Su hija, dentro de dos ó tres años podría casarse, y entonces la dejaría sola para seguir al marido, y ;qué existencia sería, en ese caso, la de la pobre Condesa en aquella finca desierta!

Él sí que sabía procurar á su amada una vida agradable, hermosa, brillante. Ya tenía trazado su plan. Pasarían el invierno en París hasta el mes de Junio, y luego el estío en Croix-Mort ó en La Vignerie. El mundo, el gran mundo que la Condesa había abandonado, volvería á abrirse espléndido para ella. Recordaba todas sus relaciones; nombraba sus parientes y mostraba en un cuadro deslumbrador el porvenir lleno de alegrías, de fiestas y de placeres. Y ya Regina, pensativa, empezaba á ceder. Allí, sentada en el pabellón, al arrullo suave del río que se deslizaba bajo el arco del puente sonoro, oía las palabras del Barón con el mismo deleite que otras veces. No tenía ya, en su arrobo, ni la noción del tiempo. Iba á anochechar ya, y creía que no hacía una hora que estaba al lado de Fernando. Se levantó para volver á casa. Fernando la cogió en sus brazos, sin que ella se defendiera con demasiada energía, y con ardiente pasión la besó tierna y lar-

gamente. Regina retrocedió pálida, pero sin ira. Fernando, seguro ya de su conquista, y no creyendo que debía aparentar dudas, le dijo:

—¿Cuándo volveré á ver á Ud.?...

—Es preciso—le contestó—que yo lo piense mucho. El asunto es demasiado grave. No tengo cerca de mí una persona de quien aconsejarme... Concédame Ud. un poco de tiempo... el menos tiempo que sea posible, añadió, viendo que Fernando se entristecía. Pero no venga Ud. hasta que yo le escriba. Y, sobre todo, no dude Ud. de mi amistad, de mi afecto...

Al oír estas palabras ricas en promesas, quiso el bello Fernando volver á acercarse á ella; pero la Condesa le hizo con la mano un saludo en señal de despedida, que se parecía prodigiosamente á un beso, y ligera se internó en la calle de árboles que conducía al castillo.

El Barón estuvo un momento pensativo, y luego, sacando del bolsillo un cigarro, le encendió, y arrojando hacia el cielo con orgullosa satisfacción las bocanadas de humo, se alejó.

## VI

La proposición de Fernando era para Regina completamente imprevista y singularmente grave. Le amaba; esto no lo podía negar. Pero temía mucho que se alterase su tranquilidad. Como se propuso durante los doce años de vida retirada y solitaria, había adquirido hábitos de reposo que le sería muy penoso abandonar. Era independiente, y tendría en lo sucesivo un dueño de su voluntad. La vida cómoda y ociosa que tanto amaba, ¿no la alteraría completamente un hombre activo y emprendedor, y amigo de la sociedad? Gracias á una prudente y económica administración, había logrado reconstituir su fortuna. ¿Se expondría á que un derrochador la arruinara?

Fernando había sido muy franco y sincero con ella, diciéndole que era un gran sacrificio el que le pedía. Pero en esto se veía qué bien conocía á las mujeres en general, y á Regina en particular, cuando no temía apelar á su ab-